

Superar la Envidia a través de la Humildad y la Gratitud: Un Llamado a Abrazar Nuestro Camino Compartido en Cristo

Las lecturas de las Escrituras de hoy nos advierten sobre uno de los pecados más destructivos: *la envidia*.

- La lectura del Antiguo Testamento describe cómo las personas conspiran para derribar a un "hombre justo" simplemente porque su rectitud les hace sentir inadecuados en comparación.
- Santiago identifica la envidia—manifestada en la "*ambición egoísta y los celos*"—como la causa principal de conflictos y guerras.
- En el Evangelio, vemos a los discípulos de Jesús maniobrando para obtener posiciones de estatus, lo que revela cómo la envidia y la ambición pueden corromper incluso a los seguidores más cercanos de Cristo.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña que la envidia es un deseo de superioridad que lleva a la "tristeza por el bien ajeno" e incluso "alegría ante la caída de otro." Nos advierte que "cuando la envidia desea un grave daño al prójimo, es pecado mortal" (CIC 2539). La envidia puede llevar a una persona al infierno, el mismo destino que Lucifer, cuyo pecado se basaba en su negativa a aceptar que alguien, ni siquiera Dios, fuera superior a él. Este orgullo y envidia alimentan el odio implacable de Satanás hacia Dios y sus hijos.

La Biblia nos da claros ejemplos del daño que causa la envidia.

- En el Génesis, la envidia de Caín hacia el favor que Dios le otorgaba a Abel llevó al primer asesinato (Génesis 4:3-8).
- El rey Saúl, consumido por la envidia hacia David después de que matara a Goliat, lo persiguió incansablemente con la intención de matarlo (1 Samuel 18:6-9).

En ambos casos, la envidia cegó a estos hombres ante el plan más grande de Dios y los llevó a pecar gravemente.

En el Nuevo Testamento, vemos claramente el poder destructivo de la envidia en los fariseos. Por envidia, buscaron destruir a Jesús, sabiendo que las multitudes acudían a Él y no a ellos (Marcos 15:10). Su envidia los llevó a cometer el mayor acto de injusticia: la crucifixión de Cristo.

Todos experimentamos envidia de una forma u otra, a veces en formas triviales y ridículas. Arrepentirse de la envidia requiere *la disposición a ser sanados y a reconocer la bondad* en los demás como una bendición de Dios.

San Agustín, con sabiduría, señaló: "***El resentimiento y la envidia son como beber veneno y esperar que mate a la otra persona.***" Esta afirmación refleja cómo la envidia, si no se controla, consume y daña más a quien la alberga que a la persona a quien está dirigida.

Dante, en su *Divina Comedia*, ofrece una vívida descripción de la cura para la envidia. Habla de una mujer llamada Sapia, cuya envidia la llevó a regocijarse por la desgracia de los demás. Después de arrepentirse, fue admitida en el Purgatorio, donde su cura consistió en caminar ciega, con los ojos cosidos, dependiendo de otros para guiarla. Esta imagen poderosa ilustra que el remedio para la envidia es comprender nuestra profunda dependencia unos de otros y reconocer que el éxito de los demás no disminuye nuestro propio valor.

La Biblia también nos enseña el antídoto para la envidia. San Pablo, en su carta a los Romanos, nos llama a "***alegrarnos con los que están alegres y llorar con los que lloran***" (Romanos 12:15). En lugar de sentir envidia por las bendiciones que otros reciben, estamos llamados a compartir su alegría como miembros de un solo cuerpo en Cristo.

Un antiguo espartano nos ofrece un ejemplo impactante. ***Paedaretos***, aunque no fue elegido para un puesto prestigioso de gobierno, respondió célebremente: "***Me alegra que Esparta tenga 300 hombres mejores que yo.***" Esto demuestra una humildad y sabiduría que reconoce que el éxito de los demás no es una amenaza, sino un enriquecimiento para el bien común.

Si un pagano podía mostrar tal sabiduría, ¿cuánto más deberíamos nosotros, que tenemos el ejemplo y la gracia de Jesús? Jesús nos recuerda: "Si no cambian y se vuelven como niños, no entrarán en el Reino de los cielos" (Mateo 18:3). Los niños son ***dependientes, confiados y libres de la necesidad*** de comparación. También nosotros estamos llamados a ser como niños, reconociendo nuestra dependencia de Dios y de los demás.

Ahora es el momento de tomar el antídoto contra la envidia: ***la humildad, la gratitud y la confianza en la providencia de Dios.*** A través del ejemplo de Jesús, de los santos y de las Escrituras, podemos aprender a dejar atrás la envidia y a abrazar la alegría de vivir en comunión con los demás, donde los dones y bendiciones de cada persona contribuyen al bien de todos.